

EL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA

(I)

El Señor nos ha llamado a la Obra para que contribuyamos positivamente a que muchas almas conozcan a Jesucristo, se enamoren de su doctrina y de su palabra, formen parte de la única Iglesia que El quiso fundar en la tierra, y alcancen así la salvación eterna.

Tratar de comportarnos como buenos hijos suyos implica —entre otras cosas— realizar una gran siembra de doctrina, con ocasión de nuestro trabajo, de nuestras relaciones familiares, sociales, de amistad..., con nuestra vida entera; de modo infatigable, fortalecidos siempre por una honda razón de amor a Dios.

Repasad el catecismo —nos pide el Padre—, que, seguramente, habréis aprendido de pequeños, y explicad esas cosas. No podemos llamarnos cristianos si no actuamos, si no llevamos el fuego de nuestro corazón a los demás corazones. Y tenemos obligación de hacerlo, con ganas y sin ganas. En estos momentos en que falta tanto amor, vosotros debéis tener claras las ideas, y dar a las gentes la doctrina recta.

Esta necesidad perenne de dar doctrina urge con mayor premura cuando los artículos de la fe católica se ven socavados por una tenaz campaña contraria. Y así, hay verdades de fe que, en determinados ambientes, resultan de día en día más deformadas por la ignorancia o la tergiversación de la verdadera doctrina. Este es, entre otros puntos capitales del dogma católico, el caso de los sacramentos.

El Santo Evangelio dice que una gran turba seguía a Cristo por los caminos de Palestina, *y todo el mundo procuraba tocarle por-*

que salía de él una virtud que daba la salud a todos¹. Siempre el Hijo de Dios estuvo dispuesto a compadecerse de cuantos se le acercaban con fe. Su Humanidad Santísima era así como el canal por el que discurrían todas las gracias del cielo, mientras permaneciera entre los hombres. Y sabiendo que siempre necesitaríamos de esa ayuda sobrenatural, dispuso todos los medios para que, en cualquier tiempo y lugar, pudiéramos hacer presentes y aplicarnos en toda su integridad los méritos infinitos de su Pasión redentora. Y así —enseña San Agustín, dando testimonio de la fe de la Iglesia—, *llegado el tiempo de la gracia, la misma Sabiduría de Dios encarnada, por quien fuimos llamados a la libertad, estableció algunos sacramentos saludables con los que se mantuviese unida la comunidad del pueblo cristiano*².

Los sacramentos son, por voluntad de Jesucristo, *símbolos de una cosa sagrada y forma visible de la gracia invisible*³: realidades sensibles, como lo es la Humanidad del Señor, que significan un contenido sobrenatural —la gracia— y, al mismo tiempo, comunican la gracia que significan. En muchos casos son realidades materiales —agua, aceite, pan y vino...— incapaces por sí mismas de producir ningún efecto espiritual, y menos aún sobrenatural, pero a las que Dios, creador de todas las cosas, con voluntad soberana ha querido unir unos efectos sobrenaturales. No son, por tanto, simples despertadores de la fe: tienen eficacia por sí mismos —*ex opere operato*, explica la Iglesia—, independientemente de las cualidades de quien los administra. *Los sacramentos son acciones de Cristo, el cual los administra por medio de los hombres. Y por la virtud de Cristo, al tocar los cuerpos infunden la gracia en el alma*⁴. Por medio de ellos, la acción divina —esa salvación buscada por quienes se acercaban a Jesús y querían tocar su Humanidad Santísima— llega a todos los hombres. *Se lava la carne* —escribía Tertuliano, en el siglo III— *para que quede limpia el alma; es ungida la carne para que el alma sea consagrada; se signa la carne para que se edifique el alma; la carne se cubre de sombra con la imposición de las manos para que el alma quede iluminada por el Espíritu; la carne se alimenta del Cuerpo y de la Sangre de Cristo para que Dios nutra el alma*⁵.

Difundir la doctrina de la Iglesia sobre los sacramentos, dar ra-

(1) *Luc.* VI, 19; (2) San Agustín, *De vera relig.* 17, 33; (3) Concilio de Trento, *sess.* XIII, cap. 3 (D. 1639); (4) Paulo VI, enc. *Mysterium Fidei*, 3-IX-1965; (5) Tertuliano, *De carnis resurr.* 8;

zón de su verdadera naturaleza, su eficacia y origen sobrenatural, es tarea que compete a todos los cristianos porque tenemos el derecho y el deber de enseñar a todos los hombres la doctrina de Cristo, tal como la Iglesia nos la propone: una doctrina santa y santificadora, que debemos amar, defender, practicar y propagar.

NECESIDAD DE LOS SACRAMENTOS

Los sacramentos de la Nueva Ley son siete, a saber: bautismo, confirmación, Eucaristía, penitencia, extremaunción, orden y matrimonio, que difieren mucho de los sacramentos de la Antigua Ley. Estos, en efecto, no producían la gracia, sino que sólo figuraban la que había de darse por medio de la pasión de Cristo; pero los nuestros no sólo contienen la gracia, sino que la confieren a quienes los reciben dignamente.

De éstos, los cinco primeros están ordenados a la perfección espiritual de cada hombre en sí mismo, y los dos últimos al régimen y multiplicación de toda la Iglesia. Por el bautismo, se renace espiritualmente; por la confirmación, aumentamos en gracia y somos fortalecidos en la fe; y, una vez nacidos y fortalecidos, somos alimentados por el manjar divino de la Eucaristía. Si por el pecado contraemos una enfermedad del alma, por la penitencia somos espiritualmente sanados; y también espiritual y corporalmente, según conviene al alma, por medio de la extremaunción. Por el orden, en cambio, la Iglesia se gobierna espiritualmente, y por el matrimonio se aumenta corporalmente⁶.

Para ser santos, para llevar una vida auténticamente cristiana, es imprescindible recibir con frecuencia los sacramentos. No existe otro camino viable para quien aspira a realizar la misma vida de Cristo. *No ha habido ningún nuevo invento —nos enseña el Padre— ni lo habrá jamás; los medios han sido, son y serán siempre los mismos: los sacramentos, la oración, la mortificación, la vida de piedad... La misión, pues, de la Iglesia —recuerda el Concilio Vaticano II— se cumple por la operación con la que, obediente al mandato de Cristo y movida por la gracia y la caridad del Espíritu Santo, se hace presente en acto pleno a todos los hombres y pueblos, para llevarlos, con el ejemplo de su vida y la predicación, con los sacramentos y los demás me-*

(6) Concilio de Florencia, Bula *Exultate Deo*, 22-IX-1439 (D. 1310-1311); cfr. Concilio de Trento, sess. VII, can. 1-2 (D. 1601-1602); Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 11;

dios de gracia, a la fe, a la libertad y a la paz de Cristo⁷.

Entre esos medios de salvación, un puesto particularmente importante corresponde al Sacramento de la Penitencia, que —por librar de la esclavitud del pecado— reconcilia al hombre con Dios y le permite, cuantas veces sea necesario, encontrar de nuevo el camino de la santidad. Es un arma fundamental para vencer en la lucha ascética, para mantener vibrante la entrega y evitar que se acumulen en el corazón obstáculos que entorpezcan la unión íntima con el Señor. Hemos de vivirlo también con sentido apostólico, enseñando a muchas personas su doctrina y su práctica. *Coged a esos compañeros vuestros* —nos dice el Padre—, *que a lo mejor no andan muy bien, porque no saben, no conocen al Señor; y con ese trato personal vuestro, metedles la verdad en el corazón. Llevadles a hacer una buena confesión: un buen propósito y ¡adelante! Sabiendo que el sacerdote no se va a escandalizar de nada, porque también los sacerdotes podemos hacer el mismo mal que hacen los demás.*

INSTITUCIÓN DEL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA

La Penitencia es un sacramento de la Nueva Ley; no existía, por tanto, antes del nacimiento de Cristo⁸. Sólo Jesús, Dios y hombre verdadero, pudo perdonar los pecados, y lo hizo muchas veces a lo largo de su vida. Prometió además entregar a los Apóstoles este mismo poder, según aquellas palabras: *en verdad os digo, que todo lo que atareis sobre la tierra, será eso mismo atado en el cielo, y todo lo que desatareis sobre la tierra, será eso mismo desatado en el cielo*⁹. Siempre las entendió la Iglesia como manifestación precisa de la Voluntad de su Fundador de conceder a los Apóstoles —y en ellos, a sus sucesores— la potestad divina de atar y desatar, de perdonar los pecados o de retenerlos.

La doctrina católica afirma que esa promesa recibió cumplimiento poco antes de que Jesús ascendiera al Cielo: *el Señor* —enseña el Concilio de Trento, exponiendo con claridad la fe de la Iglesia— *instituyó principalmente el sacramento de la Penitencia cuando, habiendo resucitado de entre los muertos, sopló sobre sus discípulos diciendo: «recibid el Espíritu Santo; a quienes perdonareis los peca-*

(7) Concilio Vaticano II, decr. *Ad gentes divinitus*, n. 5; (8) Cfr. Concilio de Trento, *sess. XIV*, cap. 1 (D. 1670); (9) *Matth.* XVIII, 18;

dos les son perdonados, y a quienes se los retuviereis, les son retenidos»¹⁰. Por este hecho tan insigne y por tan claras palabras, el común sentir de todos los Padres entendió siempre que fue comunicada a los Apóstoles y a sus legítimos sucesores la potestad de perdonar y retener los pecados, para reconciliar a los fieles caídos después del Bautismo...

Por eso, este Santo Concilio, aprobando y recibiendo como muy verdadero este sentido de aquellas palabras del Señor, condena las imaginarias interpretaciones de quienes, contra la institución de este sacramento, las desvían falsamente hacia la potestad de predicar la palabra de Dios y de anunciar el Evangelio de Cristo¹¹.

Desde los tiempos de su fundación divina, la Iglesia ha enseñado que la potestad de perdonar los pecados, propia de Dios —¿quién puede perdonar los pecados, sino sólo Dios?¹²—, fue entregada por Cristo a los Apóstoles y a sus legítimos sucesores en el sacerdocio. Y de tal modo ordenó los remedios de la divina bondad, que sin las oraciones de los sacerdotes no es posible obtener el perdón de Dios. En efecto, «el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús»¹³, dio a quienes están puestos al frente de la Iglesia la potestad de administrar la acción de la penitencia a quienes confiesan, y de admitirlos —después de purificados por la saludable satisfacción— a la comunión de los sacramentos por la puerta de la reconciliación¹⁴.

MINISTRO DE LA PENITENCIA

Ministro de este sacramento, por institución divina, es solamente quien ha recibido la ordenación sacerdotal: ninguna otra persona tiene potestad para remitir los pecados. En la confesión de los pecados —escribía San Basilio en el siglo IV— ha de observarse la misma regla que se emplea en la curación de los enfermos. Las enfermedades del cuerpo no se muestran a todos los hombres, ni a cualquier persona, sino solamente a los expertos en el tratamiento de las enfermedades. Pues, de manera análoga, la confesión de los pecados sólo debe hacerse ante aquellos que pueden curarlos, según está escrito: «Vosotros, que sois fuertes, llevad las flaquezas de los débiles»¹⁵, es decir, tomadles

(10) *Ioann.* XX, 22-23; (11) Concilio de Trento, *sess.* XIX, cap. 1 (D. 1670); Cfr. San León I, *Ep. Sollicitudinis quidem*, 11-VI-452 (D. 308); Gelasio I, *Sínodo Romano*, 13-V-495 (D. 348); Tomo *Ne forte*, año 495 (D. 349); Lucio III, *Concilio de Verona*, año 1184 (D. 761); Concilio II de Lyon, *Profesión de fe de Miguel Paleólogo* (D. 860); Concilio de Florencia, *Bula Exultate Deo*, 22-XI-1449 (D. 1310); Pío X, *decr. Lamentabili*, 3-VII-1907, n. 47 (D. 3447); (12) *Marc.* II, 7; (13) *1 Tim.* II, 5; (14) San León I, *Ep. Sollicitudinis quidem*, 11-VI-452 (D. 308); (15) *Rom.* XV, 1;

a vuestro cuidado y diligencia¹⁶. Hay que notar, sin embargo, que el sacerdote no es, respecto al perdón de los pecados en el sacramento de la Penitencia, como el médico respecto a la curación de los enfermos: su poder no le viene de la ciencia, del estudio o de la técnica, sino que procede inmediata y gratuitamente de Dios, sin ningún mérito personal. El sacerdote no perdona los pecados por ser un *experto*, sino en virtud del sacramento del Orden.

Confirmando de modo solemne la enseñanza de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres, el Concilio de Trento *declara que son falsas y totalmente ajenas a la verdad del Evangelio todas aquellas doctrinas que perniciosamente extienden el ministerio de las llaves a otras personas distintas de los obispos y sacerdotes, pensando que las palabras del Señor: «cuanto atareis sobre la tierra será también atado en el cielo»¹⁷, y: «a los que perdonareis los pecados les son perdonados, y a los que se los retuviereis, les son retenidos»¹⁸, fueron dichas sin distinción ni diferencia para todos los fieles de Cristo contra la institución de este sacramento, de tal modo que cualquiera tiene poder de remitir los pecados: los públicos, por medio de la corrección, si el corregido da su aquiescencia; los secretos, por confesión espontánea hecha a cualquiera¹⁹.*

No es suficiente, sin embargo, haber sido ordenado sacerdote para administrar válidamente la Penitencia. Siendo este sacramento un verdadero juicio, en el que el penitente confiesa como reo sus culpas y en el que el sacerdote las absuelve como juez, en virtud del poder recibido de Dios, *la naturaleza y razón del juicio reclama que la sentencia sólo se dé sobre los súbditos*²⁰.

Junto a la potestad de orden se requiere, por tanto, la potestad de jurisdicción. Por eso, para administrar válidamente la Penitencia, el confesor debe obtener las oportunas licencias del ordinario correspondiente.

A causa de este poder de jurisdicción, recibido inmediatamente de Jesucristo, el Romano Pontífice en la Iglesia universal —y los

(16) San Basilio, *Reg. br.* 229 (RJ 975); (17) *Matth.* XVIII, 18; (18) *Ioann.* XX, 23; (19) Concilio de Trento, *sess.* XIV, cap. 6 (D. 1684); Cfr. Bonifacio VIII, Bula *Saepe Sanctam Ecclesiam*, 1-VIII-1296 (D. 866); Martín V, Bula *Inter cunctas*, 22-II-1418, n. 20 (D. 1260); Concilio de Florencia, Bula *Exultate Deo*, 22-XI-1439 (D. 1323); León X, Bula *Exsurge Domine*, 15-VI-1520, n. 13 (D. 1463); Concilio de Trento, *sess.* XIV, can. 10 (D. 1710); (20) Concilio de Trento, *sess.* XIV, cap. 7 (D. 1686); Cfr. Concilio de Florencia, Bula *Exultate Deo*, 22-XI-1439 (D. 1323); Pío VI, const. *Auctorem Fidei*, 28-VIII-1794, n. 37 (D. 2637);

Obispos en sus diócesis— pueden reservarse la absolución de algunos pecados o penas especialmente graves ²¹. Sin embargo, a fin de que nadie perezca por este motivo, se guardó siempre en la Iglesia de Dios que ninguna reserva exista en artículo de muerte, de modo que entonces todos los sacerdotes pueden absolver a cualesquiera penitentes de cualesquiera pecados y censuras ²². En estos casos, como está en juego la salvación eterna de las almas, la Iglesia acude solícita a restañar las heridas de sus hijos, por medio de cualquiera de sus ministros, aunque carezcan de licencias o estén suspendidos de sus funciones ministeriales. En estos casos, la ley de la Iglesia establece que si el penitente llega a recuperarse del peligro de muerte, debe recurrir a la autoridad legítima para que le absuelva de esas censuras reservadas ²³, o confesarse de nuevo con un sacerdote dotado de la necesaria jurisdicción.

El sacramento de la Penitencia, por voluntad expresa de Dios, es un juicio que el sacerdote preside y ejerce en el nombre y con la autoridad de Jesucristo; un juicio cuya sentencia es siempre de perdón, si el pecador se ha arrepentido y confiesa humildemente sus culpas. En el primer siglo de vida de la Iglesia, San Policarpo—discípulo del Apóstol San Juan— exhortaba así a los que tenían el poder de atar y desatar: *los presbíteros sean inclinados a la compasión, misericordiosos hacia todos..., no demasiado severos en el juicio, sabiendo que todos somos deudores del pecado* ²⁴. Cuando el sacerdote pronuncia la fórmula de la absolución, no lo hace como si declarara que los pecados están perdonados, sino a modo de acto judicial, por el que él mismo, como juez, pronuncia la sentencia ²⁵. Por esta razón, en la fórmula absolutoria se afirma de modo indicativo: *yo te absuelvo de tus pecados, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. ¡Mira qué entrañas de misericordia tiene la justicia de Dios! —Porque, en los juicios humanos, se castiga al que confiesa su culpa: y, en el divino, se perdona.*

¡Bendito sea el santo Sacramento de la Penitencia! ²⁶.

Esta función de juez —aquí reside el gran misterio del amor divino— la ejerce cualquier sacerdote que tenga la debida jurisdicción, aunque sea pecador o indigno. *Aun los sacerdotes que están en*

(21) Cfr. Concilio de Trento, *sess.* XIV, cap. 7 (D. 1687); (22) *Ibid.* (D. 1688); (23) Cfr. C.I.C., can. 2252; (24) San Policarpo, *Epist. ad Philip.* 6, 1 (RJ 73); (25) Concilio de Trento, *sess.* XIV, cap. 6 (D. 1685); Cfr. *Ibid.*, can. 9; (26) *Camino*, n. 309;

pecado mortal —enseña la Iglesia— *ejercen como ministros de Cristo la función de remitir los pecados por la virtud del Espíritu Santo, conferida en la ordenación. Sienten por lo tanto equivocadamente quienes pretenden que en los malos sacerdotes no se da esta potestad*²⁷. Es Cristo mismo quien absuelve y pronuncia palabras de perdón, sirviéndose del ministro como de un instrumento: así garantiza que la gracia, cuyo canal ordinario son los sacramentos, llegará con seguridad a todas las almas.

NECESIDAD DE LA PENITENCIA

Todos los bautizados que hayan cometido algún pecado mortal, necesitan acercarse al sacramento de la Penitencia para obtener el perdón divino; o, al menos, arrepentirse con un acto de contrición perfecta y el propósito de confesarse cuanto antes. Sin el deseo sincero y eficaz de hacer una buena confesión, unido al acto de contrición perfecta, es imposible que el pecador se salve, porque el sacramento de la Penitencia es el camino que Cristo ha dejado a los cristianos para alcanzar el perdón de Dios, y no desear recibirlo en esas circunstancias equivaldría a una ausencia de verdadero arrepentimiento.

Siempre tuvo esta firme certeza la Iglesia Católica. Orígenes, testigo autorizado de la Tradición oriental, al exponer las diversas especies del perdón de los pecados que se contienen en el Evangelio, después de mencionar el Bautismo (que remite toda clase de pecados), y los diversos actos de piedad —oración, limosna, etc.—, que perdonan solamente los pecados veniales, afirma que hay otra manera de alcanzar la remisión de los pecados, *que es muy dura y costosa: el perdón de los pecados por la Penitencia. El pecador lava entonces su lecho con sus lágrimas, y las lágrimas son su consuelo por el día y por la noche*²⁸, *y no se avergüenza de confesar sus pecados al sacerdote del Señor y de pedirle la medicina*²⁹.

Esta continua enseñanza de la Iglesia de Cristo acerca del sacramento de la Penitencia se difundió por todo el orbe de la tierra a lo largo de los siglos. El Concilio de Trento, haciéndose intérprete de la Tradición, explicó su necesidad del siguiente modo: *si en todos los*

(27) Concilio de Trento, *sess. XIV*, cap. 6 (D. 1685); Cfr. Juan XXII, const. *Gloriosam Ecclesiam*, 23-1-1318 (D. 912 y 914); (28) Cfr. *Isai.* VI, 7; *Ps.* XLI, 4; (29) Orígenes, *In Lev. hom.* 2, 4 (RJ 493);

regenerados se diera tal gratitud hacia Dios que guardaran constantemente la justicia recibida en el bautismo por beneficio y gracia suya, no hubiera sido necesario instituir otro sacramento distinto del mismo bautismo para la remisión de los pecados. Pero como Dios, «que es rico en misericordia» ³⁰, «sabe bien de qué barro hemos sido hechos» ³¹, procuró también un remedio de vida para aquellos que, después de recibir el bautismo, se hubieran entregado a la servidumbre del pecado y al poder del demonio: el sacramento de la Penitencia, por el que se aplica a los caídos después del bautismo el beneficio de la muerte de Cristo ³². Es una necesidad de derecho divino —impuesta por Dios mismo ³³—, que ninguna autoridad de la tierra puede derogar. Sin embargo, la misericordia de Dios ha dispuesto que en caso extremo, de verdadera e irremediable urgencia, en el que resulta imposible acudir a un confesor, sea suficiente un acto de perfecta contrición, con deseo eficaz de recibir el sacramento tan pronto como sea posible, para obtener el perdón de los pecados ³⁴.

Para ayudar a sus hijos a reconciliarse con Dios y a rectificar periódicamente su vida, nuestra Madre la Iglesia ha dispuesto —con grandísima utilidad para las almas ³⁵— que la confesión de los pecados mortales se haga por lo menos anualmente ³⁶, de modo que se facilite el cumplimiento del precepto de la comunión pascual. Esta obligación se refiere sólo a los pecados mortales, no se cumple con una confesión sacrilega o voluntariamente mala ³⁷, y obliga también a los niños bautizados en cuanto llegan al uso de razón, cuando ya son capaces de discernir entre el bien y el mal, y por tanto, capaces de pecar ³⁸.

En nuestra labor apostólica, una tarea básica y fundamental que debemos llevar a cabo, sin la cual no es posible alentar en nuestros amigos una verdadera vida cristiana, será la de difundir la necesidad de la confesión frecuente, procurando que las personas que tratamos se acerquen de modo habitual a este sacramento. Un alma que aspire a la santidad, no puede conformarse con satisfacer estrictamente el precepto de la confesión anual, porque se privaría de un auxilio divino que nos fortalece contra la tentación y sería muy difícil que no ofendiera a Dios. La confesión frecuente, aun cuando no haya pecados

(30) *Ephes.* II, 4; (31) *Ps.* CII, 14; (32) Concilio de Trento, *sess.* XIV, cap. 1 (D. 1680); Cfr. *sess.* VI, cap. 14; (33) Cfr. *Ibid.*, cap. 5 y can. 6; (34) Cfr. Concilio de Trento, *sess.* VI, cap. 14 (D. 1543); *sess.* XIV, cap. 4 (D. 1677); (35) Cfr. Concilio de Trento, *sess.* XIV, cap. 5 (D. 1683); (36) Cfr. Concilio IV de Letrán, año 1215, cap. 21 (D. 812); (37) Cfr. Alejandro VII, *Decreto del Santo Oficio*, 24-IX-1665, nn. 13 y 14 (D. 2033 y 2034); (38) Cfr. Pío X, *decr. Quam singulari*, 8-VII-1910 (D. 3530 ss);

mortales, es un medio insustituible que purifica el alma, y la llena de gracia y fortaleza.

Los que no entienden la necesidad de la confesión frecuente, tampoco entienden que hay que ir con frecuencia al médico, para que nos haga una revisión. Yo necesito confesarme todas las semanas y, en ocasiones, dos o tres veces por semana; y no soy nada escrupuloso, pero sé lo que necesita mi alma.

Esos que no entienden, ¿no será porque no quieren enseñar la ponzoña que llevan dentro, no serán como uno de esos que van al médico y no le quieren decir cuánto tiempo hace que están enfermos, cuáles son los síntomas que tienen, dónde les duele...? Hijos míos, esas personas necesitan ir a un veterinario, no a un médico, porque son como bestias, que no hablan.

Es muy cómodo ignorar el pecado. Es muy cómodo, de momento; pero pasan los años, y los que viven así se encuentran como un trapo sucio, saben que han tenido una vida inútil y miserable. Hijos míos ¡a luchar!, y a enseñar a luchar a esos amigos vuestros, con optimismo.

Necesariamente hemos de considerar que la confesión ha sido instituida por Jesucristo, como un remedio eficaz para nuestra debilidad, y que, por tanto, hay que acudir a ella tan pronto como se noten los primeros síntomas de la enfermedad, por leves que sean. No hacerlo sería inconsciencia, obrar temerariamente y, siempre, una manifestación de que no se desea con toda el alma vivir la vida del Señor. *Para mí —insiste el Padre—, la confesión es una necesidad. Cuando veo en mí una cosa que no va, tengo absoluta necesidad de confesarme. No me da ninguna vergüenza decirlo.*

Primero hay que decir lo que no queremos que se sepa; una vez dicho, aquello se arregla. Si no lo hacemos, lo que preocupa se agranda, como una bola de nieve: crece, se hace gigante. Y pasamos días terribles, de sufrimiento tonto: por bobadas.

Este modo de obrar es consecuencia de una fe viva en la gracia del sacramento de la Penitencia. Acudiremos por tanto a la confesión cuantas veces sea necesario para pedir perdón al Señor por nuestras ofensas; y también cuando sea conveniente, porque el alma se sienta movida a dolerse por su tibieza, por sus faltas de amor, y a confesarlas a Dios con el deseo de encontrar en su gracia la fortaleza para su debilidad, y un amor más limpio y renovado.

El efecto principal y primario de la confesión bien hecha —íntegra, contrita, con propósito de no volver a pecar y de cumplir la penitencia— *es la reconciliación con Dios, a la que algunas veces —en las personas piadosas y en las que reciben con devoción este sacramento— suele seguirse la paz y la serenidad de la conciencia, con vehemente consolación del espíritu*³⁹. Quedan perdonados todos los pecados cometidos después del bautismo, y —si el pecado era mortal— el alma vuelve a ser templo de Dios y habitación de la Santísima Trinidad. Enseña la Iglesia que la justificación recibida, tanto en el bautismo como en la penitencia, *no es sólo remisión de los pecados, sino también santificación y renovación del hombre interior, por la voluntaria recepción de la gracia y de los dones; de donde el hombre se convierte de injusto en justo y de enemigo en amigo, para ser «heredero según la esperanza de la vida eterna»*⁴⁰⁻⁴¹.

La vida divina nuevamente infundida o fortalecida por el sacramento de la Penitencia tiene un colorido especial, ya que —además de la gracia santificante— este sacramento confiere una gracia específica, responsable de la nueva semejanza con Cristo que queda impresa en el alma. A la vez, la gracia sacramental está íntima y esencialmente ordenada a la repulsa de los pecados que han sido aniquilados por el sacramento, y es una garantía de que al penitente le han sido concedidas las fuerzas para vencer la tentación de volver a cometer los pecados ya perdonados.

Por el contrario, cuando no se acude a este remedio saludable de la Penitencia, donde el alma siempre puede obtener el perdón y la misericordia de Dios, y, con ellos, la participación en la misma vida divina, resulta más fácil que las tinieblas y dificultades en que se debate el alma lleguen a apagar o a debilitar extraordinariamente incluso la luz de la fe. El alma que no procura salir del pecado, que no pone todo su esfuerzo en recuperar la gracia, con facilidad acaba, tarde o temprano, por negar los fundamentos mismos de la ley moral, tratando así de justificar, más o menos conscientemente, su actuación.

Ante esa aparente pérdida de la fe sobrenatural en muchas personas, jóvenes y adultos, el Padre nos ha hecho considerar que

(39) Concilio de Trento, *sess.* XIV, cap. 3 (D. 1674); (40) *Tit.* III, 7; (41) Concilio de Trento, *sess.* VI, cap. 7 (D. 1528);

muchas veces conservan la fe, aunque debilitada y escondida por sus culpas. *En el fondo son buenas personas, pero han olvidado todo lo que es la vida del cristiano; sobre todo, si se han dejado llevar de la sensualidad, y se les ha formado un callo sucio que no les deja gustar lo espiritual.*

¿Habéis visto la mano de un niño pequeño? Si se le para un mosquito encima, el niño reacciona enseguida. Si ese mismo mosquito se posa en la mano curtida de un campesino, no lo nota. Esto les pasa a estos amigos: no se dan cuenta, no notan lo que Dios les pide.

Desde que soy sacerdote, he tratado a mucha gente joven; y cuando algún católico me decía que no tenía fe, le he respondido: ponte de rodillas y haz una buena confesión. Le he ayudado a hacer un profundo examen de conciencia y después se ha levantado con fe. No es que no la tuviera, no; es que llevaba una carretada de porquería encima. ¿Qué ojos de fe iba a tener así? Había que quitarle primero aquella podredumbre.

Cuando se hace una buena confesión, enseguida se acaban todas esas dudas; aunque, como los enfermos, necesiten luego esos probrecitos una temporada de convalecencia. En muchas ocasiones es falta de vida limpia, no de fe.

Induimini Dominum Iesum Christum. —revestios de Nuestro Señor Jesucristo, decía San Pablo a los Romanos. —En el Sacramento de la Penitencia es donde tú y yo nos revestimos de Jesucristo y de sus merecimientos⁴². Allí se nos aplican los infinitos méritos de la Pasión y Muerte del Señor, de modo que —como dice el Concilio de Trento, a propósito de la justificación en general— somos renovados en el espíritu de nuestra mente, y no sólo somos considerados, sino que verdaderamente nos llamamos y somos justos, al recibir en nosotros cada uno su propia justicia, según la medida en que «el Espíritu Santo la reparte a cada uno como quiere»⁴³, y según la propia disposición y cooperación de cada uno⁴⁴.

Por el sacramento de la Penitencia, además de la culpa, se perdona también completamente la pena eterna debida en justicia por los pecados⁴⁵. La pena temporal, en cambio, como enseñan las Sagradas

(42) *Camino*, n. 310; (43) *1 Cor.* XII, 11; (44) Concilio de Trento, *sess.* VI, cap. 7 (D. 1529); (45) Cfr. Concilio de Trento, *sess.* VI, cap. 14 y can. 30 (D. 1543 y D. 1580);

Escrituras, no siempre se perdona toda ⁴⁶: depende de la intensidad de la contrición y de las disposiciones personales del penitente. Por eso es tan recomendable preparar bien la confesión, excitando en el alma un verdadero dolor de los pecados, y recibir el sacramento con devoción. El resto de la pena temporal se perdona con la satisfacción que el sacerdote impone al penitente, con los sacrificios, oraciones, obras de misericordia, indulgencias, etc., que pueden lucrarse durante la vida, y mediante las penas padecidas en el Purgatorio, después de la muerte.

Compete a todos los hijos de Dios recordar a los cristianos toda esta doctrina de fe sobre el sacramento de la Penitencia, tan atacada en algunos ambientes y tan escasamente practicada en muchos otros. Hemos de enseñar al mismo tiempo la teoría y la práctica de este sacramento, haciendo ver su necesidad absoluta para restablecer la amistad con Dios, cuando ha sido rota por el pecado mortal, y su grandísima conveniencia para progresar en la santidad; contrarrestando así, con una abundante siembra de la doctrina justa, la extensión de la cizaña y del error. *Proponiendo esto a los hermanos* —escribía San Pablo a Timoteo, a propósito de la verdadera doctrina cristiana que debía enseñar—, *serás buen ministro de Jesucristo, como educado en las verdades de la fe y de la buena doctrina que has aprendido. En cuanto a las fábulas ridículas y cuentos de vieja, evítalas, y dedícate al ejercicio de la virtud* ⁴⁷; fábulas que a veces se disfrazan con los vistosos ropajes de la ciencia y de la especulación, dones de Dios que muchos se empeñan en usar mal. *Estos tales son fuentes, pero sin agua, y nieblas agitadas por torbellinos que se mueven a todas partes, para los cuales está reservado el abismo de las tinieblas. Porque profiriendo discursos pomposos llenos de vanidad, atraen con el cebo de apetitos carnales de lujuria a los que poco antes habían huido de la compañía de los que profesan el error, prometiéndoles libertad cuando ellos mismos son esclavos de la corrupción* ⁴⁸.

Hoy especialmente, hijos míos —nos recuerda el Padre—, *cuando surgen errores, que parecen nuevos y son viejos, condenados muchas veces por la Iglesia, debéis tener firme vuestro criterio y, sin dogmatismos* —no hay más dogmas que los de la Iglesia— *senti-*

(46) Concilio de Trento, sess. VI, cap. 14 (D. 1543); (47) I *Tim.* IV, 6-7; (48) II *Petr.* II, 17-19;

ros responsables ante Dios y ante la historia de forjar cristianamente este tiempo, sin cesiones ni conformismos que me parecen una bellaquería.

Haec est victoria quae vincit mundum, fides nostra (I Ioann. V, 4): la fe de Cristo engendra seguridad y tenemos la misión de llevar la claridad a la inteligencia y la paz al corazón de los hombres, sacándoles del ambiente de duda, de relativismo, de incertidumbre, en el que no es difícil encontrarse. Hemos de enseñarles que un católico puede tener la doctrina clara, tener fe... y ser frágil. Es diabólica la tentación de justificar nuestras pasiones, tratando de acomodar a ellas la fe: no hay manera de justificar lo injustificable. Con comprensión, hemos de impedir que tiren todo por la borda, mostrándoles qué es lo que deben seguir practicando a pesar de su fragilidad ⁴⁹.

(49) Carta *Divinus Magister*, 6-V-1945, n. 37.